

## ELEUTERIA SIGNIFICA LIBERTAD

A mi abuela, como a muchas otras, le encantaba contarme viejas historias, leyendas y refranes, y a mí me encantaba sentarme en su regazo y escuchar anonadada aventuras de soldados en Algeria, de barcos piratas y amores prohibidos.

Ella solía sentarse en su mecedora bajo la sombra del naranjo del patio, se balanceaba suavemente y fijaba su mirada en el infinito.

Una cálida tarde de abril salí al jardín, y la encontré en su lugar habitual, tenía en la mano un libro de crucigramas, acababa de completar la última palabra: olivar.

Dejó el libro en la mesita blanca que tenía al lado, cogió un plato con una naranja y un cuchillo, cortó un gajo de la fruta y me lo dio, mientras daba el primer bocado ella empezó a contarme una nueva historia.

-Érase que se era- empezó a contar mi abuela-, una niña llamada Eleuteria, que vivía en un pequeño pueblo cerca de Sevilla, no tenía madre, y su padre trabajaba todo el día sin descanso para conseguir un pequeño sustento que mantuviera el rugir de sus estómagos callado, mientras, la niña hacía los quehaceres del hogar, cocinaba, lavaba y barría y nunca se quejaba.

Cuando cumplió los ocho años su padre ya no podía mantener la casa en la que vivían, y se vio obligado a partir hacia Alemania, donde todos los españoles estaban emigrando, a buscar un trabajo. Como no podía llevársela, dejó a la pequeña Eleuteria en la casa de los Arenales, una buena familia con tierras sembradas de olivos, ella trabajaría en la casa, y ellos la mantendrían con lo básico y además le darían un salario por las horas que faenara en el olivar.

Don Antonio Álvarez de Arenales, el amo de la finca era un hombre distinguido por su riqueza pero afamado por su orgullo y avaricia, y como no quería pagar lo merecido por el trabajo en sus tierras contrataba a chiquillos, que salían más baratos que los mayores.

A Eleuteria nunca le gustó aquel hombre, una cara amable frente a la sociedad, pero vulgar y bruto en la realidad.

La familia utilizaba a la chica como les venía en gana, trabajaba mucho más que una criada, por mucho menos que cualquiera. Solo le daban una rebanada de pan y otra de queso en la mañana y las sobras de la familia para almorzar, y algunos días, si tenía suerte, la criada que cocinaba le daba alguna pasta para merendar.

Y así como podían pasaban los meses, y con ellos, los años.

La joven ya tenía dieciséis años, y más de una decena de cartas sin abrir en un baúl. Su padre le escribía de tanto en tanto, pero ella no sabía ni leer ni escribir, y nadie en la casa tenía intención de enseñarle siquiera lo básico para que pudiera saber de su padre.

Las semanas de recogida de aceitunas eran las más duras del año, trabajaban toda la jornada bajo el ferviente sol, que quemaba la cara y los hombros de todo aquel que no se cubriera con camisas y fulares.

Uno de aquellos calurosos días, la muchacha paró a descansar bajo la sombra de un olivo, sacó de su macuto una mandarina, clavó sus uñas en la rugosa piel de la fruta, y una vez sacada toda la cáscara se dispuso a comer el primer gajo pero el crujir de una rama detrás de ella hizo que se sobresaltara y arrojara la fruta por los aires, pero una mano la cogió al vuelo justo antes de que tocara la tierra.

Recorrió con la vista el brazo y descubrió a Marisol, la hija de la criada principal de la finca, estaba medio escondida detrás del árbol y tímidamente, casi susurrando articuló un saludo.

Marisol tenía la misma edad que ella, y trabajaba en el olivar los días de recogida para llevar algo más de dinero a su casa, su madre había ayudado muchas veces a Eleuteria con los quehaceres cuando ella ya no podía más, así que sentía un gran aprecio por la mujer y su familia.

A causa de la timidez de Marisol las chicas nunca fueron muy cercanas, pero Eleuteria sentía una gran curiosidad por la apocada joven, y percibía que Marisol por su parte también estaba interesada en ella, puesto que siempre la seguía.

A veces notaba una mirada fija en ella, volteaba y atinaba con unos avergonzados ojos que buscaban desenfrenadamente algún punto en el suelo en el que fijarse para así no mantener contacto visual con ella.

Aquella tarde Marisol aguantó la mirada fija en los ojos de Eleuteria, que acababa de descubrir el maravilloso color mar que tenían los ojos de su cohibida amiga.

Las dos se sonrojaron pero ninguna de ellas apartó la mirada, Eleuteria sintió como nacían mariposas en sus entrañas y aleteaban en su estómago, noto como si los jaraneros insectos volaran desde su esófago hasta su boca y le hicieran pronunciar el nombre en que tantas veces había pensado: Marisol.

-¡Marisol, Marisol!-su madre la llamaba desde el portal de la casa, la joven retrocedió y justo antes de darse la vuelta devolvió la mandarina que todavía tenía en la mano a su propietaria, cuando esta alargó el brazo para coger la fruta Marisol la agarró y murmuró;

-Nueve de noviembre en este mismo olivo a las doce de la noche, trae todas tus cosas-inmediatamente al acabar la última palabra se marchó corriendo, sin dejar ni un solo instante para que Eleuteria contestara.

Las últimas semanas de recogida no volvieron a hablar, pero compartían miradas vacilantes y sonrisas furtivas, Eleuteria no entendía que iba a pasar aquel nueve de noviembre, o quizás no lo quería entender porque sabía que estaba mal.

Las temperaturas bajaron y la joven sabía que el día se acercaba, cada vez tenía menos tiempo para decidir que hacer, y cada día encontraba más placer en naufragar en los cristalinos ojos de Marisol.-

Mi abuela quedó callada y fijó la mirada en el plato con cáscaras de naranja que me había comido, quería seguir escuchando la historia y descubrir que decidió finalmente Eleuteria, pero las palabras no quisieron salir de mi boca al percatarme del compungido rostro de mi abuela.

-Abuela, ¿estás bien?-forcé mi garganta para pronunciar estas palabras, pero mi abuela me miró sonriente.

-Si cariño, ¿quieres más naranja?

-No abuela, lo que quiero es saber cómo acaba la historia, ¿serán felices juntas verdad?

La sonrisa desapareció por un momento de su rostro, pero retornó todavía más amplia y amable, pero las palabras que la acompañaban sonaban amargas; mi abuela me explicó que hubo una época en la que las personas no eran libres de amarse unas a otras, una época en la que el amor de dos era juzgado por los demás, y que la sociedad era cruel con aquellos que amaban por encima de sus reglas.

Mientras escuchaba aquellas palabras mis ojos se llenaron de lágrimas, por primera vez el cuento no tenía un final feliz, en esa historia los soldados no regresaban a casa con sus familias, ni los piratas encontraban un gran tesoro en una isla, ni los enamorados conseguían superar los obstáculos.

A mi abuela Libertad le encantaba contarme viejas historias, refranes y leyendas. Y a mi me encantaba sentarme en su regazo a escuchar atentamente las aventuras de soldados, piratas y amores prohibidos.

Pero un día mi abuela no quiso contarme el final de una triste historia de amor, y yo nunca quise volver a escuchar un cuento romántico, porque quizás ya no creía en el amor de los cuentos o quizás ya sabía que Eleuteria significa Libertad.